

# Los ojos de Lou

FRANCISCO JOSE MARTIN

1. En el prefacio de la *Genealogía de la moral* Friedrich Wilhelm Nietzsche nos previene frente a las dificultades de su obra, o lo que es lo mismo, toma distancia y se defiende, como si adivinara el futuro, de tanto lector desaprensivo y sin escrúpulos:

Por lo que respecta a mi «Zaratustra», no puede considerarse un conocedor suyo quien no haya sido herido o extasiado a fondo por alguna de sus palabras: sólo en este caso podrá gozar el privilegio de sentirse partícipe del elemento alciónico del que rebosa esta obra, de su claridad solar, de su lejanía, extensión y seguridad. Otras veces la dificultad la presenta el aforismo: esto se debe a que hoy *no se da suficiente importancia* a esta forma. Un aforismo, modelado con vigor, por el hecho de que venga leído no significa que sea «descifrado»; se requiere entonces su *interpretación*, por lo que es necesario un arte de la interpretación.<sup>1</sup>

Un arte de la interpretación que nos dote de los instrumentos metodológicos que nos permitan sacar a la luz todo lo que el texto esconde dentro de sí; pero no sólo, porque no se trata de un instrumento sino de un *arte*, por tanto que nos ponga en contacto con el texto, que nos haga/permita vivir/revivir el texto. No era poco; y sin embargo, este paladín de la filosofía no se detuvo aquí sino que quiso hacer de la interpretación el motivo central de una nueva ontología, una ontología que expresase el ser de la crisis<sup>2</sup>.

El temprano éxito de la obra de Nietzsche —al que contribuyó de manera notable, no podemos olvidarlo, el morbo de su convulsa y trágica existencia— así como la rapidez de su difusión sirvieron de reclamo para su obra, y así las huestes intelectuales cayeron sobre ella como verdaderas aves de rapiña. Un

<sup>1</sup> OFN, vol. VI, t. II, p. 221. Salvo indicación contraria, las citas de Nietzsche han sido tomadas de la edición italiana de sus obras completas: *Opere di Friedrich Nietzsche*, a cura di G. Colli e M. Montinari, 8 vol., Milano, Adelphi, 1964 ss. (Las traducciones de las citas, salvo indicación contraria, son mías).

<sup>2</sup> «Interpretación, no explicación. No hay ningún hecho concreto, todo es fluido, inaferrable, caduco; las cosas más duraderas son todavía nuestras opiniones. Dar sentido a las cosas —en la mayor parte de los casos se trata de una nueva interpretación respecto a otra más antigua convertida en incomprensible, que es ahora sólo un signo». *Fragmentos Póstumos*. OFN, vol. VIII, t. I, p. 88.

pensamiento como el de Nietzsche —cuyo interés fundamental no era otro que mostrarnos el camino hacia un modo de pensar diferente del modelo racionalista-discursivo; que pretende integrar la profecía, la adivinación y los instintos y las pasiones que subyacen en nuestras elaboraciones teóricas— bien pronto se mostró apto para ser mancillado, confundido, violado en su centro más puro, manchado por intereses ajenos, utilizado como bandera política... Un largo etcétera que ha hecho de Nietzsche un personaje tan confuso como irreconocible, y de su obra, un cúmulo de interpretaciones con los fines más diversos.

La ingente bibliografía nietzscheana, urgida a la interpretación por la naturaleza de los propios textos de Nietzsche, ha dado lugar a un océano de interpretaciones en el que el propio Nietzsche se nos pierde. «Il n'y a pas pour Nietzsche un signifié original», afirmaba Foucault<sup>3</sup>; cierto, porque lo hemos perdido, lo hemos perdido en el tumultuoso océano de las interpretaciones. En diferentes momentos y desde distintos lugares se han levantado estatuas a Nietzsche que nada o casi nada tenían en común entre sí —difícil cuando no imposible reconocer en una lo que la otra expresaba. ¿Hasta qué punto es justo, pues, seguir hablando de interpretaciones? ¿No se tratará más bien, en nuestro caso, de falsificaciones deliberadas y voluntarias? ¿Cómo nadar en este agitado océano?

Se trata de desandar el camino, volver al origen de este pensamiento conmovedor, volver a Nietzsche para limpiarlo de todas estas costras que se le han ido pegando poco a poco y que han deformado su fisonomía hasta hacerlo casi irreconocible, volver atrás para volver a empezar. Y no se trata de renegar de la interpretación, sino de tener bien claro que de ella a la falsificación hay un paso mínimo que recorrer; que el intérprete es, como Hermes, el portador del mensaje, un puente, y por eso mismo no puede falsificarlo. En la interpretación hay diferencia, tiene que haberla pues así lo requiere su esencia; pero la diferencia no puede ser cualquiera, pues tiene que permitir el reconocimiento.

Nietzsche, que como hemos visto hizo guiños no lejanos a la hermenéutica, bien pronto se dio cuenta del riesgo de la malinterpretación y de la falsificación. El prólogo de *Aurora* se concluye con un imperativo, una recomendación que nace del miedo de no ser comprendido: «¡aprended a leerme bien!». Un pensamiento como el suyo, que pretendía abrir una brecha en el sistema racionalista, tenía que encontrar una lógica y un estilo que no pudieran ser leídos desde la cómoda butaca del racionalismo discursivo sin traicionar el ser mismo del texto. Ahora bien, ¿cuál es la buena lectura?, ¿cómo se hace?:

Hay que leer bien, es decir, lenta y profundamente, mirando adelante y atrás, no sin segundos fines dejando puertas abiertas, con dedos y ojos delicados... ¡aprended a leerme bien!<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Nietzsche, Freud, Marx, en Nietzsche, *Cahiers de Royamont*, Paris, 1967, p. 190.

<sup>4</sup> *Aurora*, OFN, vol. V, t. I, p. 9. Para el problema de la lectura en Nietzsche: J. Quesada, «Eterno retorno, literatura, hermenéutica», en *Euroliceo*, n.º 1. Madrid, 1990.



2. Lou Andreas Salomé pertenece según sus propias palabras a ese «círculo limitado de fieles que sabían leer a Nietzsche correctamente»<sup>5</sup>. Esta joven rusa de origen aristocrático, cuya agitada vida la llevó a estar presente y participar en el debate intelectual de su tiempo, cuya figura acompañó de una u otra forma a algunas de las personalidades que más han contribuido a la conformación de nuestro horizonte cultural, viene descrita siempre como una mujer radiante no sólo física sino también intelectualmente: era alta, esbelta,

<sup>5</sup> Lou Andreas Salomé, *Nietzsche*, Madrid, Zero, 1986, p. 32. Téngase en cuenta que el libro apareció por primera vez en Viena en 1894.

con espléndidos ojos azules y el pelo rubio platino. En una fotografía ya clásica del 1882 la vemos de pie, apoyada sobre una escribanía, la cabeza reposando ligeramente sobre su mano derecha, mientras que la otra toca o acaricia una silla; la vemos alta, estilizada, vestida acaso de negro, con una pose cargada de sensualidad, de una sensualidad que no acaba de pasar de moda; el pelo recogido hacia atrás. Pero lo que atrae nuestra atención como un potente imán son sus ojos, sus cautivadores ojos azules. Quien mira esta fotografía se siente como arrastrado por esos ojos hacia la fortísima personalidad que denotan, ojos hechos más que para mirar para penetrar el misterio, las profundidades del alma humana. Ojos dulces y delicados que saben mirar las cosas sin dañarlas, sin herirlas; ojos profundos como el mar que no se detienen en la grafía de las cosas sino que saben llegar al corazón de las mismas. Unos ojos así, tan delicados como los pedía Nietzsche, tenían que saberlo leer correctamente. No podía ser de otra manera.

En nuestro camino de vuelta hacia Nietzsche encontramos a Lou, a la que Nietzsche quiso convertir infructuosamente en su esposa y en su discípula, con quien compartió el tiempo en el que se estaba gestando el Zarathustra, el poema filosófico más importante de nuestra historia, con quien discutió sus argumentos, sus nuevas intuiciones, sus teorías. En nuestro camino de vuelta nos detenemos en Lou, en su testimonio, en unos ojos que no sólo supieron leerlo sino que lo miraban interrogándolo y animándolo mientras hablaba, unos ojos que jugaron un papel decisivo en la vida de Nietzsche y de los que pretendemos arrancar un poco de luz que nos ilumine en el marasmo interpretativo. Ojos que miraron a Nietzsche, ojos en los que se miró Nietzsche.

Se nos podrán hacer muchas objeciones: que si somos frívolos, que lo fundamental en filosofía son las ideas y no los estados de ánimo de que surgieron, que el Nietzsche-hombre no tiene interés filosófico... Y sin embargo el propio Nietzsche, como Lou, creía que los sistemas filosóficos podían reducirse a los actos personales de sus autores <sup>6</sup>. Porque el pensamiento, dejémoslo claro desde el principio, no es sólo las ideas sino también las pasiones; o mejor: las ideas no son sólo pensamiento sino también pulsión, vida, deseo, sueños, anhelos..., también lo instintivo. Nietzsche nos avisó de una crisis, ¿cómo podemos tomarle en serio si seguimos haciendo filosofía como si él no hubiera pasado? También en nuestro final de siglo buscamos un nuevo modo de pensar, de hacer filosofía, porque la actividad del filósofo no ha hecho más que ensanchar la separación de la filosofía con la vida. Aquel modo de hacer filosofía que se centraba en *lo esencial* dejaba en el camino muchas cosas importantes, cosas que, después, en un determinado momento, nos harían falta. Esta errónea persecución de la idea tuvo que detenerse y retroceder para buscar el sentimiento,

---

<sup>6</sup> «Mi querida Lou: su idea de reducir los sistemas filosóficos a actos personales de sus autores es verdaderamente la idea de un "alma-gemela". En Basilea, yo mismo he enseñado en este sentido la historia de la filosofía antigua». Lou Andreas Salomé, *Nietzsche, op. cit.*, p. 23.

las pasiones que había abandonado en el camino; de lo contrario la filosofía iría a un hombre ideal, inexistente, y se trataba de ir a sí mismos, a los hombres de verdad, de carne y hueso... Un nuevo modo de hacer filosofía: habrá que retroceder para recorrer esos senderos que no eran *importantes*, que la gran filosofía no quiso rastrear. Habrá que ir por los márgenes de la *gran filosofía* para recuperar la filosofía, para recuperarnos, para volver a tener lo que nunca debimos haber perdido. Ir a Nietzsche por lo ojos de Lou.

La mirada debe ser penetrante, tiene que saber ver más allá de las apariencias —como Lou supo ver que, en el fondo, toda la obra de Nietzsche no era más que la profunda *confesión* de un alma sumida en la más espantosa soledad<sup>7</sup>.

3. La historia de las relaciones de Lou y Nietzsche es de sobra conocida<sup>8</sup>: en Génova, Nietzsche recibe una carta de su amigo Paul Rée hablándole de esta joven rusa que se interesaba de filosofía. Un mes después Nietzsche está en Roma —inexplicablemente su paso por Messina— preparado y ansioso por conocer a Lou. Se encontraron en San Pedro, y las primeras palabras que Nietzsche dirigió a Lou son dignas de recuerdo: «¿De qué estrellas hemos caído para encontrarnos aquí?»<sup>9</sup>. Nietzsche, que ya estaba predispuesto hacia Lou, le hará saber por intermedio de Rée sus intenciones matrimoniales. Lou, que admira a Nietzsche pero hacia el que siente una especie de repulsión por sus modales pomposos, le rechaza. Poco a poco la historia se irá complicando: Nietzsche acepta los planes de Lou para fundar una especie de confraternidad dedicada al estudio. Un poco asustadas por los proyectos de Lou, su madre y Malwida von Meysenburg convencen a ésta para dejar Roma. Nietzsche y Rée la siguen. En una excursión al Monte Sacro, en el lago de Orta, Nietzsche y Lou, solos, conversan durante largo tiempo creando a su alrededor un clima de unión espiritual que dará a Nietzsche nuevas esperanzas. La verdad de lo allí ocurrido se lo llevó Lou a la tumba, pero debió ser muy importante a juzgar por el comportamiento de Nietzsche. Años después la propia Lou añadirá leña al fuego de aquel recuerdo: «Si besé a Nietzsche en el Monte Sacro, ya no lo sé»<sup>10</sup>.

Después está el encuentro de Lou con Elisabeth Nietzsche, la violencia de un enfrentamiento que salpicó al propio Nietzsche; el breve período que pasaron juntos, lo que se ha llamado el «idilio de Tautenburg»; la separación final en la estación de Leipzig, donde acaso Nietzsche entendió la traición del amigo y sintió quizá lo mismo que sintieron otros hombres que amaron a Lou, empe-

<sup>7</sup> *Id.* p. 31.

<sup>8</sup> Para mayor detalle remitimos a la biografía de Nietzsche de C. P. Janz, Madrid, Alianza, 1981-85; o a la que H. F. Peters ha hecho de Lou con el título en su versión italiana *Mia sorella, mia sposa*, Milano, Mondadori, 1979.

<sup>9</sup> Lou Andreas Salomé, *Mirada retrospectiva*, Madrid, Alianza, 1980, p. 71. Años después el mismo Freud hablaría del origen estelar de Lou.

<sup>10</sup> *Id.*, p. 221.



zando por el reverendo Gilliot: que el amor y el odio surgen de la misma fuente, y que en un corazón desilusionado se encuentran juntos la amargura y el rencor.

La historia, como vemos, se narra pronto; lo difícil es entenderla en toda su complejidad: dos hombres, dos amigos enamorados de la misma mujer; una mujer que pide de los hombre la misma amistad que se dan entre ellos. Después están las cosas más turbias, los móviles más ocultos, las incomprendiones, las traiciones, las pequeñas venganzas... Pero así no vamos bien, yendo por fuera será muy difícil penetrar el núcleo de los hechos. El alma de esta historia la podemos recomponer juntando, como piezas de un rompecabezas, una serie de textos que de alguna manera dejaron testimonio de aquellos momentos. Volver a empezar. Es en Génova donde Nietzsche tiene por primera vez noticias de Lou; hasta tal punto se entusiasma que en la respuesta que le envía a Rée ya habla de matrimonio —aunque también habla de ella como posible discípulo<sup>11</sup>. Eufórico se embarca para Messina desde donde se dirigirá a Roma para encontrar a este ser tan radiante que el teólogo Biedermann definió como un «diamante». Hay un poema de la época en el que Nietzsche expresa perfectamente el estado de ánimo con el que emprendió este viaje, se titula *Nuevo Colón* y dice así:

«No te fíes, jamás, amiga mía,  
de un genovés» —así hablaba Colón—;  
todos ellos sepultan con codicia  
en los mares lejanos la mirada.  
A mí sólo me gustan las remotas,  
desconocidas y extranjeras playas.  
¡Se hiela el corazón! ¡Mano a la barra!  
Ante mí el mar sin fin. ¡Cuándo la imagen  
surgirá de la tierra codiciada?  
A pie firme esperemos impacientes.  
Es imposible ya la retirada.  
Arriba, en el espacio, nos saludan,  
agitando las alas:  
una dicha común, la misma suerte,  
y, al fin, la misma fama.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> *Id.*, p. 219.

<sup>12</sup> *Nuevo Colón* se encuentra reproducido en Lou Andreas Salomé, *Nietzsche, op. cit.*, p. 11; así como en H. F. Peters, *op. cit.*, p. 103. Repárese en las similitudes que presenta con el aforismo 575 de *Aurora* titulado «Nosotros, argonautas del espíritu»: «Otros pájaros volarán más allá... en aquella dirección donde todo es aún mar, mar, mar. ¿Y dónde queremos llegar? ¿Más allá del mar? ¿Dónde nos arrastra... más fuerte que otro deseo cualquiera? ¿Por qué en esta dirección, allí donde hasta hoy han tramontado todos los soles de la humanidad? ¿Se dirá quizá un día de nosotros que volviendo la proa hacia Occidente, también nosotros esperábamos alcanzar las Indias —pero que nuestro destino fue naufragar en el infinito? ¿Y sin embargo, hermanos míos? ¿Y sin embargo?». *OFN*, vol. V, t. I, p. 269.

---

Un año antes, en agosto de 1881, Nietzsche había tenido la visión del eterno retorno de lo mismo, en la orilla del lago de Silvaplana, «a seis mil pies sobre los hombres y el tiempo». Por tal motivo había decidido pasar los próximos diez años sin escribir, dedicado al estudio de sus nuevas intuiciones. Un mundo inexplorado se le había puesto delante, y Nietzsche, como Colón, había decidido explorarlo. En estas circunstancias, las noticias de la existencia de Lou hicieron que el encuentro se tiñera con los tintes del descubrimiento. Pero este poema no sólo es importante por este detalle, sino que al final de esta historia volvemos a encontrarlo: estamos en la estación de Leipzig, Lou y Rée se preparan para subir al tren que ha de separarlos definitivamente de Nietzsche. Este seguramente lo sabe, pero no dice nada, sino que introduce tímidamente la mano en un bolsillo de su chaqueta y saca un poema que entrega a Lou, casi sin mirarla, para dejar constancia del ánimo con el que fue de nuevo a reunirse con ellos, para dejar constancia de sus buenas intenciones —botón de muestra de que acaso no entendió nada de Lou: la quiso para sí sin detenerse en lo que Lou quería; pecado de orgullo, como Lou. Se trataba de *Nuevo Colón*. Pero ahora encerraba una sorpresa: los dos versos finales habían sido cambiados.

¡Valor! Porque tú estás al timón,  
¡victoria encantadora!

Es difícil imaginar el dolor de Nietzsche mientras veía alejarse aquel tren; todas las ilusiones, todos los sueños se habían venido abajo: solo, humillado, ofendido, tuvo que sentir como una pesada carga la vida. ¿Cómo continuar? Digamos que Nietzsche repasó mentalmente su historia con Lou hasta que llegó al origen, al encuentro: *¿De qué estrellas hemos caído para encontrarnos aquí?...* Esas mismas estrellas le inspiraron un breve poema que cifra el proseguir de sus días:

Fragmentos de estrellas:  
de estos fragmentos construí un mundo.<sup>13</sup>

El dolor no era un extraño en la vida de Nietzsche, pero ahora aparecía cargado de tonalidades que le eran totalmente desconocidas. Después sobrevivió a este profundo dolor, convivió con él, hasta el punto de construir con él y desde él todo un mundo nuevo: el mundo de Zarathustra. Desde este momento Nietzsche, no sólo hace oídos sordos a su decisión de silencio durante diez años, sino que se entrega a la escritura frenéticamente, haciendo de los próximos años el período más fructífero de su obra. Como afirma J. M. Rey la escritura de Nietzsche se une «con el movimiento de retorno en cuanto que puede abrir, por vez primera, el porvenir, sin haberlo determinado antes, sin haberlo pensado... Escribir ocurre para coger la razón de la luz y de la oscuri-

<sup>13</sup> OFN, vol. VI, t. IV, p. 199.

dad»<sup>14</sup>. La escritura supone el remedio, lo que permitirá transformar/superar el dolor.

Hay sin embargo otra razón para que Nietzsche abandone la promesa de no escribir durante diez años para madurar sus descubrimientos y alumbrarlos a la luz de la ciencia. Sumido en el dolor, en esa particular atmósfera desde donde se experimenta el sufrimiento, Nietzsche percibe que el eterno retorno y el superhombre no pueden beneficiarse —o lo contrario— de los avances de la ciencia, porque son conceptos que le brotan de las entrañas de su más profunda y personal experiencia:

Hace ya mucho tiempo que he vivido las razones de mis opiniones.<sup>15</sup>

Nietzsche y Lou se consideraban *almas gemelas*, sin embargo les separaban profundas diferencias (y no sólo la edad, aunque el particular no es desdeñable: Nietzsche tenía 38 años y Lou 21 cuando se conocieron), la principal acaso fuera una percepción radicalmente diversa de los mismo hechos. Un detalle: en el período que pasaron juntos en Tautenburg, Lou regaló a Nietzsche un poema titulado *Himno a la vida*<sup>16</sup>. A este mismo poema Nietzsche después le puso música, pero introdujo en él una pequeña pero significativa variación en el título: *Himno al dolor*.

Seguramente hubo también una muy diversa percepción de su propia historia. Nietzsche se sintió arrojado en el fango, ¿y Lou? Ella nos dio su propia visión de los hechos en su primera novela *En busca de Dios* cuya trama parte de preguntas tales como: ¿Cómo puede vivir un hombre en el universo sin Dios? ¿Cuáles son las líneas morales sobre la que construir la existencia? El protagonista, Kuno, es una figura nietzscheana en su escepticismo apasionado y en su apasionada aceptación de la vida, es una fuerza elemental que lleva la destrucción a todos los que la aman. Lou se ha proyectado en esta figura masculina que tanto tenía del talante de Nietzsche, quizá para acentuar aquello que les unía en un tiempo que ya los había separado definitivamente. Su vida se ha caracterizado por algo que la hace parecer completamente inactual: el culto de la propia personalidad, la convicción de ser (jamás debe-ser), la falta de todo resentimiento, la incapacidad de formar parte de cualquier movimiento y par-

<sup>14</sup> «Nominare, vedere, scrivere il nichilismo» en F. Nietzsche, *L'Anticristo. Crepuscolo degli idoli. Ecce homo. La volontà di potenza*, Roma, Newton Compton, 1987, p. 319.

<sup>15</sup> *Así hablo Zaratustra* (trad. de A. Sánchez Pascual), Madrid, Alianza, 1972, p. 188.

<sup>16</sup> «Te amo, vida enigmática/ Como se ama a un amigo/ Que me des alegría o dolor,/ Que me des dicha o sufrimiento./ Te amo con toda tu crueldad/ Y si tienes que aplastarme/ De tus brazos me apartaré/ Como uno se aparta de un amigo./ ¡Te abrazo con todas mis fuerzas!/ Que me devoren tus llamas,/ En el fragor del combate permite/ Que sondee más allá tu misterio/ ¡Ser, pensar durante milenios!/ Abrázame en tus brazos:/ Si no puedes ofrecerme más dicha/ Pues, dame tus sufrimientos». Lou Andreas Salomé, *Nietzsche, op. cit.*, p. 23.



tido <sup>17</sup>. Su vida no fue fácil: blanco siempre de las críticas de la sociedad bienpensante, conoció la amistad, el amor, la soledad, y sus respectivos reversos, se mantuvo siempre fiel a sí misma, fiel a aquel sueño del que saldría la propuesta de crear la *Santa Trinidad* —una sociedad formada por hombres y mujeres que amistosamente conviven en su dedicación al estudio. Y así, con la maleta siempre preparada, cambió de ciudad para ir al lado de Freud, para dar su contribución a la formación de esa ciencia que convulsionó a la vieja Europa: el psicoanálisis. Y si desde aquí se rindió y se rinde aun homenaje a esta extraordinaria mujer, no ocurrió siempre lo mismo entre las filas de los nietzscheanos más furibundos, que, irritados por haber rechazado al «gran maestro», no han tenido ojos *delicados* para ver cuánto de Lou hay en Zaratustra.

4. Nietzsche volvió a Génova, el lugar desde el que inició su viaje fatal. Pero incluso Génova había cambiado, el sol de la primavera había desaparecido, y se encontró frente a un invierno riguroso y desolador que afrontó sin siquiera poder procurarse las pequeñas comodidades más elementales: en la inhóspita habitación de una pobre pensión temblaba de frío junto a una estufa apagada mientras meditaba amargamente sobre su destino, corría como un perseguido por las calles desiertas y transcurría noches insomnes acompañado de pesadillas terribles.

Nietzsche sabe ya que Lou es imposible, pero la renuncia le hace vivir momentos atroces. En aquellos días escribió a F. Overbeck —el fiel amigo de los tiempos de Basilea— una carta que expresa perfectamente su estado de ánimo:

¡Si pudiese al menos dormir! Pero incluso los somníferos más potentes no me ayudan a encontrar reposo... *Si no consigo descubrir el secreto del alquimista para transformar en oro todo este fango... estoy perdido.* <sup>18</sup>

En el cielo de Nietzsche se divisaba un nuevo horizonte: ahora era consciente de una alternativa terrible, o lograba transformar este dolor en energía vital positiva o era verdaderamente el fin. Sabía que sólo un supremo esfuerzo creativo podía salvarlo. La «traición» de Lou le había arrojado a un verdadero abismo de desesperación.

La primera parte de Zaratustra, escrita a principios de febrero de 1883, marca la ascensión de Nietzsche de los profundos abismos de la desesperación. Años después, en el capítulo que dedica a este escrito en *Ecce homo*, recordando aquellos días terribles en Génova, hablará de la *gran salud* como un presupuesto fisiológico del Zaratustra: «nueva salud, más fuerte, más sagaz, más dura, más audaz... gran salud —tal de no ser sólo poseída sino *conquistada*, ya

<sup>17</sup> M. Montinari, «Lou Andreas Salomé: eros e conoscenza», en Sigmund Freud —Lou Andreas Salomé, *Lettere, 1912-1936*, Torino Boringhieri, 1983, p. VII. Del mismo autor véase también «Lou o dell'egoismo», en *Il Verri*, 39/40, Milano, 1972.

<sup>18</sup> H. F. Peters, *op. cit.*, p. 157 (las cursivas son nuestras).

que se la sacrifica y se la debe sacrificar siempre de nuevo». Transformar el dolor en oro... conquistar la salud. El Zaratustra se escribió en este ambiente, entre las ruinas que había dejado Lou a su paso por la vida de Nietzsche, como testimonian las cartas de Peter Gast y la señora Overbeck; fue la cura para ese dolor por algo incumplido <sup>19</sup>.

En un hermoso pasaje del *Ecce homo* Nietzsche afirma que el Zaratustra se escribió bajo el signo de la inspiración <sup>20</sup>. No tenemos por qué dudar pero sería como contar una verdad a medias si ocultamos que tal inspiración advino en un espacio modelado por el dolor, un profundo sufrimiento que desgarraba el corazón de Nietzsche. Es ahora cuando recordará los versos finales de aquel poema que Lou le regaló en Tautenburg:

Si no puedes ofrecerme más dicha  
pues dame tu sufrimiento.

Es la sublimación de la Vida; Nietzsche ha encontrado la piedra filosofal de los alquimistas. Matar a Dios, eliminar la transcendencia, no significa cancelar el espacio de lo divino. Sin transcendencia Nietzsche se encuentra solo con la Vida. Por eso la divinizará, la elevará al lugar de los dioses desaparecidos, hasta el punto de hacer del eterno retorno la expresión de un majestuoso canto a la vida. El eterno retorno no pretende describir el *estado de las cosas*, pretende ser una cosmovisión, una metáfora, si se quiere, que se sabe tal, y que tan sólo quiere expresar un infinito amor por la vida tal cual —la elección última y final de la vida. Se trata de buscar el sentido de la vida en ella misma. Pero quien acepta el eterno retorno sale transformado, según sentencia de Nietzsche-Zaratustra: es la aparición del superhombre.

De esta forma Nietzsche dota a la vida de un nuevo marco en el cual los pesares y las humillaciones, los sufrimientos y el dolor se transforman, salen de la óptica restrictiva que hacía de ellos motivo de congoja para el débil corazón del hombre y son elevados a una nueva perspectiva en la que la vida ha sido sublimada, hasta el punto de que los mismos dolores de antes cobran ahora sentido sin necesidad de implorar una transcendencia ultraterrena. Por eso los conceptos de *eterno retorno* y *superhombre* aparecen envueltos en una cortina de dolores, sufrimientos y fatigas. Acceder al superhombre, aceptar el eterno retorno de lo mismo, exigen el dolor y el sacrificio, un dolor y un sacrifi-

<sup>19</sup> Las cartas mencionadas se reproducen en el libro de H. F. Peters, *op. cit.*, p. 165. Para un análisis detallado de la influencia y de la presencia de Lou Andreas Salomé en el Zaratustra remitimos al cap. «La nascita di Zaratustra» del mismo libro de Peters. Lou Andreas Salomé, en su libro sobre Nietzsche, *op. cit.*, analiza su pensamiento desde la relación dialéctica *salud-enfermedad*, dando como resultado el realce de una componente autodestructiva que se manifestaría en todas las facetas de la vida de Nietzsche. Recordamos que Lou Andreas Salomé ha llegado a hablar, refiriéndose a Nietzsche, del dolor como instrumento de conocimiento.

<sup>20</sup> OFN, vol. VI, t. III, p. 348.

cio que promoverán la *decisión* de morder el dolor mismo, como el pastor de Zaratustra mordió la cabeza de la serpiente, y así significar la voluntad de salir de nuestra mísera cotidianeidad, de elevarnos a un horizonte donde todo resplandezca de manera nueva, donde la luz ya no viene de afuera sino que nace del interior mismo de las cosas, donde el dolor adquiere un sentido positivo y se diviniza. Lo que ha hecho Nietzsche es sublimar su dolor y convertirlo en oro, transformar el dolor que Lou le infligió elevándolo a una categoría nueva desde la cual *salvación* y *redención* son de nuevo posibles —sin necesidad de acudir a la hipoteca de los dioses.

En el eterno retorno no hay redención —la finalidad ya no puede estar fuera sino dentro, en el interior del propio tiempo—, es la redención misma: es la redención del tiempo lineal, que nos lanza a una carrera vertiginosa por alcanzar el futuro; es la redención de la moral, porque el que los hechos tengan que retornar eternamente significa situarlos/situarnos en otra dimensión, más allá del bien y del mal; es la redención del último hombre, descrito en el prefacio de Zaratustra, de su mediocridad y de su nihilismo. Si todo retorna, todo adquiere una tonalidad nueva. «Redimir aquellos que fueron y cambiar cada “así fue” en un “así quise” —sólo esto puede ser para mí redención»<sup>21</sup>.

Nietzsche, como decía en la carta a Overbeck anteriormente señalada, corrió el riesgo de sucumbir sofocado por el dolor de su corazón. Este estado de ánimo encuentra su expresión en el dolor del pastor del Zaratustra a punto de ser ahogado por la serpiente. Pero Nietzsche, como el pastor, *muerde* la serpiente, *decide* el dolor —pues no es una razón suficiente para oponerse a la vida— y abre así el espacio a un nuevo horizonte: el eterno retorno de lo mismo. En la construcción de este nuevo horizonte el hombre ha salido transformado: quien acepta y desea el eterno retorno no puede ser otro que el superhombre anunciado en Zaratustra.

Es el momento de la Voluntad de Poder: todos los valores han sido subvertidos, hemos asistido al grandioso espectáculo de ver convertirse el mundo en una fábula, y ahora es el turno del filósofo-creador, «su conocer es crear, su crear es legislar, su voluntad de verdad es voluntad de poder». Si el dolor no era un motivo suficiente para oponerse a la vida, la falsedad de un juicio tampoco podía ser ya una objeción contra el mismo: renunciar a los juicios falsos, como renunciar al dolor, no era otra cosa que renunciar a la vida. De ahora en adelante, las cosas, para Nietzsche, no tienen ninguna significación en sí mismas, sino que la adquieren a raíz de una decisión de la voluntad. Hasta ahora el filósofo había sido un *descubridor de verdad*, a partir de ahora será el *inventor de la verdad*<sup>22</sup>.

5. Roma: amor. Nietzsche jamás podría olvidar a quienes le acompañaron en el año quizá más decisivo de su vida, las ciudades por las que pasaron, sus

<sup>21</sup> *Ecce homo*, OFN, vol. VI, t. III, p. 358.

<sup>22</sup> Lou Andreas Salomé, *Nietzsche*, op. cit., p. 173.

conversaciones, sus proyectos... Algunos años después, al recordar a Rée —el amigo que le había traicionado, el amigo al que Nietzsche quiso como enemigo— nos dejó un párrafo de incomparable belleza que da perfecta cuenta de la importancia de los acontecimientos que aquí venimos narrando:

*Amistad de estrellas.* Eramos amigos y nos hemos convertido en extraños. Pero es justo así, y no queremos disimularlo y poner una sombra sobre ello como si tuviéramos que avergonzarnos. Nosotros somos dos barcos, cada uno de los cuales tiene su propia meta y su camino; podemos perfectamente cruzarnos y celebrar una fiesta entre nosotros, como hemos hecho: entonces los dos bravos navíos estaban tan plácidamente anclados en el mismo puerto y bajo el mismo sol, que parecían haber llegado ya a la meta, como si la meta fuera la misma para ambos. Pero justo entonces la omnipotente violencia de nuestro quehacer nos empujó de nuevo al uno lejos del otro, en diversos mares y zonas de sol, y quizá no volveremos a vernos —puede que incluso nos veamos, pero sin reconocernos: ¡los distintos soles y diversos mares nos habrán cambiado! Tener que convertirnos en extraños es la ley que *pesa* sobre nosotros: ¡precisamente por esto tenemos que llegar a ser más dignos de nosotros mismos! ¡Precisamente por esto el pensamiento de nuestra pasada amistad tiene que llegar a ser más sagrado! Existe verosíblemente una inmensa, invisible y curva órbita sideral, en la que podrían ser *comprendidas*, como exiguos trazos de camino, nuestras diversas vías y metas, —¡elevémosnos a este pensamiento! Pero nuestra vida es demasiado breve, demasiado escasa nuestra facultad visiva para poder ser más que amigos en el sentido de esta noble posibilidad. Y así queremos *crear* en nuestra amistad de *estrellas*, aunque tuviéramos que ser terrestres enemigos el uno del otro.<sup>23</sup>

Trágico destino el de estos dos hombres: Nietzsche ya sabemos cómo acabó, y Rée murió, acaso suicida, poco tiempo después que Lou se casara con el orientalista Andreas.

Por lo que respecta a Lou, continuó siendo el centro de las preocupaciones de Nietzsche durante el resto de sus días, como testimonian los textos de épocas posteriores. En el *Lamento de Ariadna*<sup>24</sup> encontramos de nuevo una sublimación del Dolor: Ariadna se queja del dolor que le provoca Dioniso; sin embargo, al final de su discurso le pide que vuelva:

¡mi dios desconocido! ¡dolor mío!  
¡mi felicidad última!

A lo que responde Dioniso:

Sé sabia Ariadna...  
¿No tenemos que odiarnos antes si nos queremos amar?  
*Yo soy tu laberinto.*

<sup>23</sup> *La gaya ciencia*, OFN, vol. V, t. II, p. 161.

<sup>24</sup> *Ditirambos de Dioniso*, OFN, vol. VI, t. VI, p. 47.

En los *Fragmentos Póstumos* encontramos el mismo motivo de reflexión mítica:

«Ariadna, dijo Dioniso, eres un laberinto: Teseo se ha extraviado en ti, ya no tiene un hilo; ¿de qué le sirve ahora el no haber sido devorado por el Minotauro? Lo que lo devora es peor que un Minotauro». «Tú me adulas, respondió Ariadna, pero yo estoy cansada de mi piedad, por mí tendrán que perecer todos los héroes; éste es mi extremo amor por Teseo: lo hago perecer». <sup>25</sup>

Por si las cosas no estuvieran suficientemente claras aún tenemos un texto de *Ecce homo* que no deja lugar a dudas:

Nada similar ha sido jamás compuesto, sentido, sufrido: así sufre un Dios, Dioniso. La respuesta a tal ditirambo... sería *Ariadna*. ¡Quién además de mí sabe qué es Ariadna! Nadie hasta ahora ha poseído la clave de todos estos enigmas. <sup>26</sup>

El dolor será un laberinto mientras, como Teseo, no se acierte a matar al Minotauro. Pero aquí, ¿quién es el Minotauro? ¿Y cómo se le puede matar? El Minotauro es el dolor, el sufrimiento que Nietzsche siente por el amor no correspondido de Lou. Matar al dolor no es olvidarlo ni aniquilarlo, sino transformarlo. Y no se puede transformar el dolor sin transformarnos nosotros, abriéndonos paso a un nuevo horizonte, desde el que el laberinto desaparece: en el eterno retorno el laberinto ya no es tal, o si lo es ha perdido su naturaleza angustiosa y angustiante para el corazón humano.

Hasta qué punto se libró Nietzsche del dolor, ni lo sabemos ni podremos saberlo nunca. Lo que sí es cierto es que de él supo construir un mundo que desde entonces no ha dejado de dar que hablar. Y terminamos con palabras de Nietzsche, con el comienzo de la carta que el 5 de enero de 1889 envió a Burckhardt, cuando ya estaba al borde del derrumbamiento psíquico. Con todo, la carta refleja una ternura y una sensibilidad que dejan al descubierto la *confesión* de la profunda y radical soledad que fue toda su vida:

Querido profesor:

Al final habría sido de mucho mejor agrado profesor en Basilea que Dios; pero no he osado empujar tan lejos mi egoísmo privado, como para olvidar, por su causa, la creación del mundo.

<sup>25</sup> *Fragmentos Póstumos*, OFN, vol. VIII, t. II, p. 58.

<sup>26</sup> *Ecce homo*, OFN, vol. VI, t. III, p. 358.